

¿Emergencia de una multitud constituyente?

Resonancias de las jornadas de diciembre de 2001 en Argentina

Aída Quintar¹ y Perla Zusman²

En la veraniega noche del 19 de diciembre de 2001 sucedió lo inesperado. Corrientes humanas comenzaron a poblar las calles de Buenos Aires batiendo cacerolas o cualquier otro elemento capaz de llenar de sonidos la noche mientras iba cobrando fuerza el cántico “que se vayan todos... que no quede ni uno sólo”.

¿Qué significaba ese exhorto colectivo? Desde su expresa literalidad manifestaba, sin duda, una pura negación, vacía de propuestas, programas, alternativas. Sin embargo, podría pensarse que “su potencia enunciativa radical justamente, en lo que su inviabilidad pone de manifiesto” (Fernández, Borakievich y Rivera, 2002), lo que pone en evidencia la necesidad de inventar colectivamente “nuevos sentidos” de acción, inaugurando otras modalidades de práctica política.

Junto a los acontecimientos de diciembre nacieron -primero en Buenos Aires y luego en otras ciudades del país- las asambleas de vecinos autoconvocados, constituyendo una for-

ma inédita de organización política de la sociedad en la que se estimularon las relaciones de horizontalidad entre los participantes y la apropiación del espacio público para instalarlo como un foro deliberativo de los grandes problemas nacionales. Simultáneamente, las asambleas se plantearon como ámbitos de deliberación y gestión de problemas urbanos acotados a sus barrios, poniendo el énfasis en la búsqueda de formas altamente participativas en la toma de decisiones.

Esas experiencias de gestión popular apuntaban a lograr que las decisiones surgieran de la deliberación colectiva y de la realización de prácticas de democracia directa. La ambiciosa propuesta por la que se intentó avanzar, a través de una diversidad de experiencias de ensayo y error, alcanzó innegables logros pero también presentó grandes dificultades que podrían estar dando cuenta de las interferencias que viejas subjetividades interpusieron a la constitución de nuevas formas de pensar y hacer política.⁰

La emergencia de las asambleas se articuló con las demandas de movimientos sociales surgidos en la última dictadura militar, como los de derechos humanos, y también con nuevas expresiones contestatarias, como los piqueteros y los trabajadores de fábricas ocupadas y autogestionadas. El rechazo a los representantes del poder en sus distintas instancias (legislativo, ejecutivo y judicial) se expresó en la consigna “que se vayan todos...” que, a

1 Instituto del Conurbano de la Universidad Nacional de General Sarmiento (ICO-UNGS), Argentina. Email: aquintar@ungs.edu.ar; aidaquintar01@hotmail.com

2 Consejo Nacional de Investigaciones en Ciencia y Tecnología (CONICET) e Instituto de Geografía de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. Email: perlazusman@yahoo.es

partir de las jornadas de diciembre, unificó a las asambleas de todo el país. Al respecto, el interrogante es si ese cuestionamiento se refiere a ciertos representantes específicos o si, lo que está en debate, es el propio sistema representativo. Este tema remite a la discusión sobre el papel de los organismos de mediación y, por tanto, sobre la sociedad civil y su relación con el estado y el poder. En este artículo discutiremos la pertinencia de seguir manteniendo ese marco categorial en nuestros análisis o la conveniencia de pensar otros conceptos para dar cuenta de estas nuevas prácticas que plantean cambios en las formas de pensar-hacer política. Hablamos de la irrupción de la multitud en las jornadas de diciembre y, también, del desarrollo de nuevas prácticas colectivas en las que se intenta rescatar la diversidad de las experiencias y la constitución de lo común, sin perder la singularidad.

Los antecedentes de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001

Las políticas económicas promovidas desde mediados de los setenta golpearon duramente no sólo a los sectores de menores ingresos sino también a las clases medias que conforman los llamados nuevos pobres e, incluso, a una parte que hasta poco tiempo atrás aún pertenecía a un estrato medio-alto. En la última década, los efectos de esas políticas, que profundizaron el proceso de desindustrialización del país, han incidido, a su vez, en el estancamiento del comercio y los servicios. Y la situación se agrava aún más cuando se considera la degradación que sufrieron el sistema educativo -en todos sus niveles-, la atención de la salud, los planes de vivienda, el mantenimiento de los servicios de infraestructura urbana y rural y otros múltiples aspectos que indican un inédito proceso de deterioro social.

De la Rúa asumió el gobierno a fines de 1999 y, si bien durante los meses iniciales de su mandato la sociedad mantuvo fuertes expectativas en lo relativo al compromiso de



erradicar la corrupción, las primeras medidas socioeconómicas -en particular la nueva ley de flexibilización laboral y la rebaja de un 13% de los salarios a los trabajadores estatales- comenzaron a generar cierto malestar entre sus principales bases sociales de apoyo (Quintar y Argumedo, 2000). Por otra parte, las denuncias sobre pagos de sobornos en el Senado, para lograr la aprobación de ciertas leyes, marcaron el inicio de un proceso de deterioro de la situación política y de un creciente descrédito de los representantes político partidarios, tanto del oficialismo como de la oposición. Ese deterioro se fue combinando con el sostenido crecimiento del desempleo y la precarización de las condiciones de vida de la mayoría de la población. La recesión logró producir una marcada destrucción de capital industrial y el cierre temporario de plantas se fue sustituyendo por clausuras definitivas, que se tradujeron en suspensiones o despidos de trabajadores (Argumedo y Quintar, 2003).



Una multitud alteró las mediaciones políticas y sociales. En marcha rizomática, voces y cuerpos interpelaron las instituciones; numerosas prácticas adquirieron visibilidad. Las jornadas de diciembre son el punto de llegada de una crisis de legitimidad y son el punto de partida de otras formas de pensar y hacer política.

La crisis se extiende a sectores cada vez más amplios y el malestar se manifiesta con contundencia en las elecciones parlamentarias de octubre de 2001, a través de un ausentismo inédito y una alta proporción de votos de protesta (en blanco o expresamente anulados), cuyas cifras superaron en muchos lugares a las obtenidas por el candidato ganador³. En ese marco y frente a la iliquidez provocada por la fuga de capitales, el 1 de diciembre de 2001 el ministro de economía Domingo Cavallo impone un congelamiento de los depósitos bancarios que afectará especialmente a más de tres millones de pequeños y medianos ahorristas.

Los indicios de un creciente descontento social comienzan a aparecer en diversas expresiones de protesta social encarados por amplios sectores de la población nacional. Por ejemplo, a mediados de diciembre, en una Consulta Popular no vinculante, llevada adelante por el Frente Nacional Contra la Pobreza (FRENAPPO), más de tres millones de personas votan a favor de la necesidad de crear un salario de ciudadanía mediante un seguro de empleo y formación a trabajadores desocupados. En esos mismos días, movimientos de trabajadores desocupados realizan cortes de ruta en demanda de alimentos o subsidios por todo el país y también se manifiestan saqueos a supermercados en varias ciudades extendiéndose luego a toda la periferia metropolitana.

Durante las primeras horas del 19 de diciembre de 2001, los saqueos se generalizan y llegan a la Capital Federal, arrasan supermercados, pero también pequeños y medianos

comercios, creándose un clima de aguda turbulencia social que es fuertemente reprimido por la acción de la policía. Esa noche el presidente De la Rúa pronuncia un discurso que, ignorando una vez más el malestar de gran parte de la sociedad ante el profundo deterioro de la calidad de vida, se limita a declarar el Estado de Sitio. Como respuesta al discurso presidencial, los habitantes de Buenos Aires se vuelcan espontáneamente a las calles, concentrándose en la Plaza de Mayo, en los alrededores del Congreso de la Nación y frente al domicilio del ministro Cavallo, quien pocas horas después, renuncia a su cargo. La población sigue movilizada el día 20 y el Poder Ejecutivo lanza la orden de reprimir, sucediéndose a lo largo de todo el día los enfrentamientos callejeros entre manifestantes y policías, con un saldo de treinta muertos. El 21 de diciembre el presidente y todo su gabinete presentan la renuncia.

El nuevo protagonismo colectivo que recorre barrios, rutas y fábricas

Desde los primeros años de la década de 1990 se evidencia en la protesta ciudadana la crisis de representatividad alcanzada por los partidos políticos y los sindicatos tradicionales. Ya hacia mediados de aquella década los trabajadores despedidos de las empresas públicas privatizadas cortan rutas para plantear su protesta y obligar al espectro político (del gobierno y de la oposición) a escuchar sus demandas y buscar soluciones. Esas movilizaciones de los años 1996 y 1997, conocidas como la protesta piquetera, se expandieron de sur a norte en el territorio argentino, instituyendo en las rutas interurbanas un nuevo espacio público para reclamar sus derechos sociales.

3 Este voto —conocido en la jerga del país como “voto bronca” alcanzó en la ciudad de Buenos Aires alrededor del 30%, convirtiéndose en la primera minoría y en otras grandes ciudades trepó a más del 40% .

Particularmente importantes fueron las expresiones asamblearias que se dieron desde 1997 en Neuquén (Cutral-Có y Plaza Huincul) y en Salta (Tartagal), cuando miles de desocupados decidían en asamblea y por votación la continuidad o no de los cortes de ruta y las medidas de protesta a seguir implementando. Esa forma asamblearia y horizontal de toma de decisiones, inaugurada por el movimiento de trabajadores desocupados, se constituye en la base común de las nuevas prácticas colectivas llevadas adelante en las empresas recuperadas y autogestionadas por los trabajadores y en las asambleas barriales autoconvocadas.

El movimiento piquetero retoma muchos elementos de las experiencias de lucha de los obreros fabriles pero, en este caso, el trabajador sin trabajo -a causa del cierre creciente de fábricas- reinventa el piquete en las rutas como forma de lucha, como sabotaje al poder explotador. El piquete, entonces, no busca sostener la interrupción del proceso de producción de mercancías a través de la huelga. Su intención es bloquear la circulación de esas mercancías con el objeto de volverse un interlocutor visible para el poder. Las modalidades de acción del movimiento piquetero presentan una heterogeneidad de posiciones: desde los que a través del pedido de subsidios (vía los planes sociales de “jefas y jefes de hogares desocupados”) buscan una forma de inclusión en el sistema (aún si se los incorpora como excluidos) hasta los que rechazan ser incluidos por el sistema y abogan por su autonomía. Es necesario destacar que, a pesar de la heterogeneidad mencionada, la acción de la mayoría de los piqueteros no se restringe a los cortes de ruta, sino que una parte fundamental de su actividad consiste en ir creando lazos comunitarios a través del establecimiento de comedores colectivos y del desarrollo de microemprendimientos productivos en los que se pretende rescatar, centralmente, el valor de la cooperación y la solidaridad. Asimismo, parte del subsidio proveniente de los planes sociales son utilizados por gran parte de los movimientos piqueteros para desarrollar mi-

croemprendimientos dedicados a producir alimentos (panadería, huerta) así como otros productos que también pueden vender en el mercado local: artesanía, pañales, zapatería, herrería y bloqueras de cemento.

El fenómeno de las empresas recuperadas -fruto de la crisis y la desocupación- es otra de las expresiones de las nuevas prácticas colectivas. A pesar de tener un origen previo a las jornadas de diciembre de 2001, a partir de ese acontecimiento sufrió importantes cambios en sus modalidades organizativas, cobrando relevancia los esfuerzos por implementar formas asamblearias de participación del conjunto de los trabajadores en la toma de decisiones.

Si bien estas fábricas autogestionadas muestran una gran diversidad de experiencias, ellas tienen en común el hecho de que, generalmente, fueron empresas abandonadas por sus dueños, en estado de total endeudamiento (varios meses de salarios obreros no pagados y deudas con sus propios proveedores). En todas ellas fueron sus trabajadores los responsables de negociar con los proveedores la deuda existente y poner la fábrica en condiciones de volver a producir, mientras se iniciaban las gestiones legales para su expropiación. Dentro de estas propuestas de recuperación prevalecen dos corrientes: mientras que el sector mayoritario, que sobrepasa el centenar de casos, plantea constituirse como cooperativas de trabajo, un sector minoritario apunta a la estatización de la fábrica ocupada y a su gestión con control obrero.

En general, no son empresas ubicadas en sectores dinámicos del capital y pocas veces se trata de establecimientos grandes, como es el caso de la fábrica de cerámicas Zanón. Existen diversas posiciones en torno a las potencialidades que ofrecen esas experiencias como casos testigos: mientras algunos analistas consideran que esas empresas no pueden escapar a la lógica capitalista del valor, del capital y de la competencia, para otros el criterio de evaluación no se restringe al aspecto económico de la gestión. Los que defienden esta última postura destacan que en la evaluación de estas experiencias,

más que el incentivo económico, cuentan otras dinámicas no económicas -culturales, sociales, afectivas y políticas- que estimulan tanto la decisión de emprender un proyecto alternativo como la voluntad diaria de mantenerlo (Souza Santos y Rodríguez, 2002, 64).

A diferencia de los movimientos ya mencionados, el asambleario coincide en su origen con las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. Este fenómeno abarcó desde el inicio a sectores de la clase media urbana de las grandes ciudades, muchos de los cuales ya se habían expresado anteriormente en ocasión de distintos conflictos vinculados al mal funcionamiento de los servicios públicos privatizados y a la restricción presupuestaria en la educación, entre otros. La noción de vecino, que en la tradición liberal se vincula a una concepción de ciudadanía en términos netamente individualistas, fue resignificada en las asambleas pasando a formar parte de un colectivo que, en sus prácticas, trasciende los intereses y las sociabilidades urbanas con centro exclusivo en el individuo para rescatar una noción más comunitaria. En las asambleas fueron convergiendo distintas expresiones sociales y formas organizativas, en un proceso de articulación -conflictivo y creativo- entre las diversas organizaciones de izquierda, los vecinos apartidarios y expartidarios, militantes de organizaciones sociales, de la iglesia, del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y profesionales de distintas especialidades (Quintar y Calello, 2002).

Los vecinos que participan en las asambleas desarrollan prácticas colectivas que rescatan la solidaridad y la participación, buscando generar nuevas formas de relación basadas en la cooperación y el compromiso con la comunidad. Sin embargo, aún hoy, hay casos en los que están presentes rasgos de la tradición política asistencialista. Particularmente conflictiva, en ese sentido, sigue siendo la relación que entablan algunos asambleístas con ciertos grupos altamente precarizados como los cartoneros, con los que se vinculan a través de los comedores que funcionan en las asambleas.

Desde sus comienzos, diversas tensiones atravesaron a las asambleas encerrándolas en planteos dilemáticos: otorgar preeminencia al espacio del barrio, instituyéndose como actores colectivos privilegiados de la gestión urbana, o sostener su capacidad de interpelar al sistema político en su conjunto, reapropiándose de los espacios públicos y politizándolos al transformarlos en foros de debates sobre el presente y el futuro colectivo de la nación. De pronto, la ciudad y las formas de habitarla se alteraron y los efectos de tal alteración se registraron no sólo en la relación con los bancos, con la política instituida con los medios de comunicación, sino también en la densa y variada vida cultural de Buenos Aires.

Las prácticas propias de la democracia directa en la toma de decisiones que vienen ensayando las asambleas han presentado logros pero también muchas dificultades en su desarrollo. En ese sentido, algunos debates remiten a la discusión teórica sobre las formas delegativas que caracterizan al sistema representativo y la reformulación de las relaciones entre sociedad civil, estado y poder.

Sociedad civil, multitud y contrapoder: tres nociones en debate

La reivindicación del protagonismo de la sociedad civil anclada en las corrientes de pensamiento liberal, que durante la década de 1990 prevalecieron en el imaginario colectivo, tendió a desvincular la problemática social de la política. Así, cobraron relevancia como actores centrales de la sociedad civil las llamadas organizaciones no gubernamentales (ONG) u organizaciones del tercer sector. Esta postura fue impulsada por ciertas corrientes teóricas que identificaron el fortalecimiento de la sociedad civil con una creciente radicalización de la democracia liberal existente.

Michael Hardt y Antonio Negri (1995, 2000), por el contrario, consideran que la sociedad civil ha ido quedando reducida a un nuevo sistema de mecanismos administrativos de compensación orientado a la repro-



Los valores de una cultura individualista y competitiva todavía tienen fuerza para moldear la subjetividad social. No todas las prácticas promueven espacios de autoorganización y nuevas formas de pensar y hacer: la vieja cultura política sigue presente en muchos movimientos, reproduciendo las relaciones del sistema.

ducción de las actuales relaciones sociales. Según estos autores, en las últimas décadas del siglo XX, con la quiebra del juego de mediaciones entre el capital y el trabajo, a partir de la casi desaparición de la institución sindical, se produce una declinación del espacio social al tiempo que crece la importancia del mercado político. Ello, junto a la manipulación a través de los nuevos procesos de comunicación masiva, genera el pasaje de la representación política de la masa a la producción de los propios electores por parte del representante.

Si leemos en esa clave las jornadas de diciembre de 2001 en Argentina podemos decir que ese acontecimiento es el punto de llegada de una crisis de legitimidad que envuelve a la mayor parte de las instituciones políticas del sistema representativo (el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial). Sin embargo, también podríamos ver en ese acontecimiento el punto de partida de otras formas de pensar y hacer política, entre las que incluimos el fenómeno asambleario. Lo que resulta claro es que a partir del acontecimiento de diciembre se produce la visibilización de diversas expresiones de protagonismo colectivo que, hasta ese momento, sólo eran fragmentariamente percibidas y valoradas. ¿Esas prácticas nos están hablando de una nueva sociedad civil que, a diferencia de la anterior, se caracteriza por sus formas organizacionales no convencionales, o nos interpelan para explorar nuevas categorías que den cuenta de estas formas sociales innovadoras? ¿Podríamos decir que la irrupción del acontecimiento en las jornadas de diciembre tuvo como protagonista a la “multitud”, en el sentido que Virno (2003) y Negri (1992) le dan a esa noción?

¿Quién es esa multitud? Tanto Virno como Negri van a contraponerla a la noción de pueblo, destacando en ella el encuentro de una di-

versidad que puede poner en acto lo común sin perder la singularidad. La idea de multitud de Virno se opone a la de pueblo, en tanto éste representa lo Uno, moldeado por y a instancias del Estado a través de la voluntad general rousseauiana. La reducción de lo múltiple en Uno, desde la lectura de Virno, revela una relación de sometimiento y de absorción de las individualidades que conforman el pueblo por parte del poder. En contraposición, el concepto de multitud se construye sobre la idea de lo múltiple. Esto significa que en la construcción de lo colectivo la singularidad no se diluye. Por el contrario ella “aumenta desmesuradamente su potencia”. Por su parte, Negri identifica a la multitud con el poder constituyente en tanto “potencia de dar forma a la innovación que la resistencia y la insurrección han producido...el poder constituyente es la fuerza que organiza positivamente nuevas formas de vida...” (Negri, 2001:84). Pero esa multitud a la que Negri identifica con el poder constituyente no es un colectivo preconstituido. La multitud a través de la circulación se reapropia del espacio y se constituye a sí misma en un sujeto activo (Zusman y Quintar, 2001). Negri y Hardt se refieren a ese proceso constitutivo de subjetividad como un devenir en el que “nuevos espacios son descritos por topologías inusuales, por rizomas⁴ subterráneos e incontenibles” (Negri y Hardt, 2001: 397).

4 Para Deleuze y Guatari (1997) todo rizoma conecta permanentemente actos muy diversos entre sí sin establecer jerarquías. El rizoma no está hecho de unidades sino de direcciones cambiantes. Las multiplicidades son rizomáticas. Un rizoma puede ser roto, interrumpido en cualquier parte, pero siempre recomienza según esta o aquella de sus líneas o según otras. Un rizoma no responde a ningún modelo estructural o generativo porque está totalmente orientado hacia una experimentación que actúa sobre lo real..

En síntesis, la idea de multitud se construye en base al encuentro de singularidades que, a partir de poner en común lo que las une, sin aplanar por ello sus diferencias, se van constituyendo a sí mismas y van creando una nueva realidad resumida en la idea de poder constituyente. En las jornadas de diciembre hubo una irrupción de la multitud que alteró no sólo el ritmo de la ciudad sino también el funcionamiento de todas las mediaciones políticas y sociales. Las instituciones partidarias y gubernamentales fueron interpeladas por una multiplicidad de voces y cuerpos en una marcha rizomática. Y numerosas prácticas de colectivos dispersos y heterogéneos hasta entonces adquirieron visibilidad. Se ven emerger así subjetividades que, además de resistir al poder, ponen en evidencia otras modalidades de sociabilidad y práctica política diferentes a las tradicionales. Una multiplicidad de iniciativas encontró campo fértil para su despliegue a partir del 19 y 20 de diciembre de 2001. Una nueva comunidad fue emergiendo como resultado de la confluencia de los diversos movimientos de asambleas, de piqueteros, de trabajadores de las fábricas recuperadas, de grupos de derechos humanos, centros estudiantiles, murgas y del frente de artistas donde se nuclean nutridos grupos juveniles⁵.

¿Cómo se ubicaron en este nuevo espacio los partidos de izquierda? En su gran mayoría procuraron entremezclarse con los movimientos sociales, al punto de llegar a incorporar a segmentos de esos movimientos como ramas de dichos partidos. Así, ha sucedido por ejemplo con los diversos agrupamientos del movimiento piquetero que responden a grupos políticos de orientación trotskista comunista o cristiana y peronista. En la mirada de esas agrupaciones políticas, las nuevas formas de protagonismo son vistas como instancias prepolíticas a las que habría que reconducir en la

conquista del poder para el establecimiento de una sociedad nueva anticapitalista.

Para Negri (2001), en cambio, el poder de la negación y el de la afirmación nacen a la vez. Es decir, en el mismo acto de crítica hay creatividad constituyente de un mundo nuevo. Negri (2001) presenta la idea de contrapoder compuesta a la vez por la resistencia contra el viejo poder constituido y la acción del poder constituyente a la que define como “pensar, todos juntos, el porvenir como potencia de la multitud, como una nueva forma de producción y reproducción de la vida...” (Negri, 2001: 87), como organización de nuevas subjetividades.

¿A esta altura de nuestra reflexión, podemos decir, entonces, que las nociones de multitud y contrapoder nos permiten captar con mayor riqueza el papel que tienen los movimientos de piqueteros, asambleas y trabajadores de fábricas recuperadas y autogestionadas, en la construcción de nuevas formas de pensar y hacer política? Vimos ya que el concepto de multitud servía para entender las implicancias que tuvieron las jornadas de diciembre como acontecimiento en sí y, también, como momento de quiebre de la inercia política, al favorecer el encuentro de numerosos y heterogéneos movimientos contestatarios que, a partir de esas jornadas, aparecen con toda su potencialidad innovadora en términos de sus prácticas colectivas. Esto se ve, particularmente, en el caso de los piqueteros y, también, en la confluencia solidaria del movimiento asambleario con los trabajadores de fábricas recuperadas, así como en los proyectos conjuntos de los movimientos de trabajadores sin trabajo (piqueteros). Coincidiendo, en parte, con esta mirada, el Colectivo Situaciones (2003) ve en muchas de esas acciones colectivas el ejercicio del contrapoder en tanto multiplicidad de prácticas de resistencias a la hegemonía del capital y, a la vez, de una transversalidad capaz de hacer producir resonancias entre esas diversas experiencias de resistencia.

Para concluir quisiéramos destacar que si bien a partir de las jornadas de diciembre se

5 Esta confluencia pudo constatare en ocasiones diversas tales como: el repudio a un nuevo aniversario del golpe militar de 1976, la protesta por el asesinato de los piqueteros Darío Santillán y Máximo Kosteki en el Puente Pueyrredón, el rechazo a la guerra contra Irak desatada y liderada por los Estados Unidos, etc.

abre un horizonte de posibilidades para el desarrollo de nuevas concepciones y formas de producción colectiva de la vida social, los valores de una cultura individualista y competitiva todavía tienen mucha fuerza para moldear la subjetividad social. Es decir, no todas las prácticas que se vienen desarrollando promueven espacios de autoorganización y nuevas formas de pensar y hacer ya que la vieja cultura política del asistencialismo y el clientelismo siguen estando presentes en muchos movimientos, reproduciendo las relaciones del sistema.

¿Cómo leer, entonces, la masiva participación de la población en las elecciones presidenciales del 27 de abril de 2003, después de haber insistido tanto en la consigna “que se vayan todos...”? Una posible interpretación es que las jornadas de diciembre fueron una suerte de catarsis colectiva ante la crisis pero con un impacto meramente coyuntural que se extinguió con el proceso electoral. Otra posible lectura es que a pesar de que en las elecciones la voz destituyente de las asambleas no se expresó en los votos, la opción por un voto anti-Menem fue también una forma de volver a plantear el rechazo por un sistema económico y social excluyente y una modalidad que desestimó las alternativas más participativas de la ciudadanía, privilegiando, en cambio, la política espectáculo. Siguiendo esta línea se podría pensar que el accionar del nuevo gobierno -sensible a las demandas sociales- podría estar mostrando el peso que tuvo y aún tiene la sociedad movilizadora para licuar consensos y revocar mandatos.

Finalmente, una interrogante que queda abierta es la referida a la situación en la que quedan las nuevas prácticas colectivas a partir de la regularización del sistema electoral en la vida política argentina. ¿El retorno de los representantes al debate público deja sin objeto a los movimientos que surgieron o se potenciaron con las jornadas de diciembre de 2001?

Bibliografía

- Argumedo, Alcira y Aída Quintar, 2003, “Argentina en la encrucijada”, en *Revista de Estudios Sociológicos del Colegio de México*, agosto-septiembre, Colegio de México-México, D.F. (en prensa).
- Colectivo Situaciones, 2003, *Causas y Azares*, (mimeo).
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari, 1997, *Mil Mesetas*, Editorial Pre-textos, Valencia.
- Fernández, Ana María, Sandra Borakievich y Laura Rivera, 2002, “El mar en una botella. Una apuesta colectiva al borde del abismo”, en *El campo grupal*, No. 32, Buenos Aires, pp. 7-9.
- Hardt, Michael y Antonio Negri, 2000, *Empire*, Harvard University Press, London.
- Hardt, Michael y Antonio Negri, 1995, *Il lavoro di Dioniso. Per la critica dello Stato Postmoderno*, Ed. Manifestolibri, Roma.
- Negri, Antonio, 1992, *Il potere costituente: saggie sulle alternative del moderno*, Sugarco, Milán.
- Negri, Antonio, 2001, “Contrapoder”, en Colectivo Situaciones *Contrapoder*, Ed. De mano en mano, Buenos Aires, pp. 83-92.
- Quintar, A. y Argumedo, A., 2000, “Argentina: os dilemas da democracia restringida”, en *Lua Nova. Revista de Cultura y Política* No. 43, CEDEC, Sao Paulo, pp. 131-156.
- Quintar, A. y Calello, T., 2002, “Prácticas colectivas populares en la región metropolitana de Buenos Aires. ¿Indicios de nuevas formas de pensar-hacer política?”, en Rofman, Adriana, compilador, *La acción de las organizaciones sociales de base territorial*, Instituto del Conurbano de la Universidad Nacional de General Sarmiento – Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos, Buenos Aires, pp. 93-113.
- Souza Santos, Boaventura y César Rodríguez, 2002, “Introdução para ampliar o canone da produção”, en Souza Santos, Boaventura, organizador, *Produzir para viver. Os caminhos da produção não capitalista*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, pp. 23-77.
- Virno, Paolo, 2003, *Gramática de la Multitud*, Colihue, Buenos Aires.
- Zusman, Perla y Aída Quintar, 2001, “Contra-Imperio, Éxodo y Ciudadanía Global”, en *Lua Nova. Revista de Cultura y Política* No. 53, CEDEC, Sao Paulo, pp. 191-201.